

COMUNIDAD DE SAN MIGUEL ARCANGEL

Repullés y Vargas, 11 (Paseo de Extremadura). MADRID



A todos os comunico la muerte de nuestro entrañable y querido hermano:

D. JOSE RIESCO PEDRAZ

Era el día 20 de agosto de 1988. A la una y treinta de la madrugada entregaba su alma a Dios. Don José, tan amante de la naturaleza, había ido a nuestro Colegio de Campello unos días antes para descansar y disfrutar del sol, el agua y la brisa perfumada de pino y eucalipto. Una fuerte trombosis le sobrevino en el lecho mientras dormía, dejándolo en el dintel del trance final. Dos días más tarde, después de una dura agonía, nos dejó para siempre. En el recuerdo cariñoso me lo imagino entrando en el Cielo, cuando la noche rompe sus cristales, tal como era: caminando un poco cargado de espaldas, balanceándose, irguiendo la cabeza y poniendo cara de asombro para terminar con su característica sonora carcajada y musitando como una plegaria los nombres de Don Bosco y María Auxiliadora. ¡Descanse en paz!

Página primera:

«La vida se nos da y la merecemos dándola» (R. TAGORE)

Don José era el tercer hijo de los dieciséis que tuvo el matrimonio don Cristóbal Riesco Lorenzo y doña Piedad Pedraz Andrés. Nació en Guadalajara el 9 de mayo de 1913. Fiel al dicho «no se es de donde se nace, sino de donde se pace», se consideraba salmantino de pura cepa; su nacimiento en tierra alcarreña se debió a la estancia del padre como cate-drático de instituto de aquella ciudad.

Pronto la familia regresó a Salamanca y allí nacieron los hermanos restantes. Una familia feliz y a la que Dios bendijo con grandes gracias. De ella salieron dos sacerdotes y tres salesianas. Todos los varones estudiaron en el Colegio Salesiano de María Auxiliadora y las hijas en el Colegio de las Jesuitinas de aquella ciudad. Don José guardó siempre un grato recuerdo de sus padres y de su infancia. El mismo se expresaba: «Mi infancia fue feliz por los cuatro costados. Fuimos dieciséis hermanos, de los que doce vivimos muchos años juntos.»

Ya al final, en plena decadencia por la enfermedad que le agotaba día a día, escribía a sus hermanos una carta familiar y cariñosa. En ella dice así: «Os aseguro que en estos años de mi vejez declarada (no quito nada), me acuerdo muchas veces de nuestros queridos padres, y al dar gracias a Dios considero entre los primeros favores por El otorgados el habernos concedido unos padres como los nuestros: tan entregados, tan bien formados, tan piadosos, tan buenos en todos los sentidos.» El don de su vocación y la de sus hermanos no dudará en atribuirle a aquel hogar lleno de fe, trabajo y familiaridad: «También es bien cierto que nuestra vocación (me refiero a la de los cinco hermanos religiosos) se la debemos fundamentalmente a ellos. ¡Y cómo no voy a estar agradecidísimo a mis padres si lo que yo estimo como lo más grande de mi vida se lo debo (debemos) a ellos!»

Don José, después de estudiar los primeros cursos de bachillerato, fue a terminarlos a Carabanchel Alto. El director del Colegio de Salamanca, don Enrique Sáiz, le recomendó ir allí para que madurase su vocación y darse a la Congregación Salesiana. Siempre guardó una valoración muy positiva de estos años. Sus sentimientos eran muy entrañables para con sus profesores y compañeros. Yo mismo he roto las listas de todos los nombres con sus direcciones, que él guardaba con gran cariño.

Todos los años tenían un encuentro familiar en aquella casa. Don José era el encargado de celebrar la Eucaristía y el «vocero» en la sobremesa. En uno de estos discursos les decía: «Muchos de los “mayores” que hoy estamos aquí podemos dar gozosa fe de todo lo que os he recordado.

No puede haber glosa mejor que nuestra felicísima vida colegial. Bien lo sabemos todos y su recuerdo, ahora y siempre, es la mejor prueba de que tuvimos la inmensa suerte de “caer” aquí, de contar con unos maestros fenomenales, de adquirir unas enseñanzas de toda índole, con las que hemos vivido encantados y orgullosos.» Sé con cuántas lágrimas han llorado estos antiguos alumnos la muerte de su querido amigo Pepe.

Hizo el noviciado en Mohernando. Emitió los primeros votos el día 10 de octubre de 1930. Don Marcelino Olaechea, entonces Inspector, le dijo: «Ojalá que tú, dentro de la Congregación, llegues a hacer el bien que tu padre hace en el mundo.» La referencia le emocionó tanto que siempre gustaba recordarla.

El trienio lo realizó aquí, en este Colegio del Paseo de Extremadura. En julio de 1936 fue con una colonia de alumnos a Santander. Allí le sorprendió la guerra civil.

Después de escapar de aquella zona con grandes peripecias, fue enviado a su querido Colegio de María Auxiliadora en Salamanca para terminar el trienio y estudiar al mismo tiempo la Teología. El 30 de junio de 1940 era ordenado sacerdote de manos de don Marcelino Olaechea, con el cual tendrá siempre una gran amistad, tal como lo refleja su correspondencia con él. ¡Había llegado a lo que tanto deseaba!

De nuevo, Salamanca. Debido a sus grandes dotes intelectuales y su afición a la música, sabrá alternar docencia y clases de canto, al mismo tiempo que hizo los estudios universitarios, licenciándose en Ciencias Físicas y Químicas. De su gusto por la música y la actividad que desarrolló en estos años nos lo cuenta él mismo: «Mi *hobby*, como dicen ahora, aparte del fútbol, fue la música. Fui veinticinco años maestro de música. Ella ha sido uno de mis mejores y deleitosos pasatiempos. ¡Hay que ver el desgaste que esto supuso! Pero recuerdo también que, cuando estaba malhumorado o había tenido algún disgusto, con sólo unas horas de pasar mis dedos ante el teclado surgía otro yo: sereno ya y “alegre vivacío”.»

Amante de las enseñanzas y buen profesor, ¡cómo lo sintió el día que hubo de jubilarse, se entregó en cuerpo y alma a los alumnos del Colegio de La Coruña y más tarde en el de Paseo de Extremadura. Aquí ejerció como consejero, luego como catequista y finalmente como director. Llevó adelante grandes reformas. Me consta que sufrió mucho. Un hermano, al darme el pésame por su muerte, al referirse a esta etapa de su vida, escribía: «Trabajó de lleno; sufrió lo suyo y dejó una amplia estela de simpatía y buen recuerdo. Pocos captaron los problemas económicos, administrativos y técnicos. Cuando salió marchó contento.»

Años más tarde pasó a la Inspección de San Francisco Javier, de Bilbao. Aceptó la dirección de la Ciudad Laboral de Don Bosco de Pasajes, recién inaugurada. Su gran dinamismo, su sencillez y espíritu de familia, crearon un ambiente salesiano y de trabajo. Tampoco aquí se vio libre del dolor, la soledad y el sufrimiento que le causó ser director. Así se expresaba otro salesiano: «Las cosas al principio fueron viento en popa. Pero era una obra demasiado grande y demasiado pretenciosa para no crear complicaciones. Don José, con toda su capacidad y buena voluntad, encontraba dificultades para mantener la andadura que aquello requería. Le apremiaban desde la Caja de Ahorros; más aún desde dentro de la Comunidad, donde había hermanos capaces, exigentes, impacientes y ambiciosos. Don José sufría y se encontraba un poco acobardado. Sólo diré que aceptó con una disposición admirable el relevo al cabo del primer trienio. Lo aceptó con humildad, con gusto y como una liberación.» Testimonio certero que refleja la realidad de la autoridad y no la demagogia fácil y frívola que muchas veces se oye en nuestros ambientes. ¡Cuántas veces las personas de fuera reconocen lo que las de dentro niegan!

De Pasajes pasó al Colegio de Santander, donde tuvo, una vez más, ocasión de demostrar sus dotes de profesor, su formación universitaria y su profesionalidad. El resultado era los éxitos que obtenían sus alumnos en el célebre examen de reválida o de grado. Se alegraba cuando le reconocían su prestigio como profesor.

Un día bajó a la playa; le gustaba el mar y allí le dio un infarto que fue el punto de partida hasta llegar a este desenlace final once años después, también junto al mar. Al escribir esto recuerdo las palabras de Veuillot: «El cristiano que sufre no es un hombre a quien Dios lo ha herido; es un hombre a quien Dios ha hablado.» ¡Qué bien llevó su dolor y su enfermedad! El mismo sentía cómo su corazón se rompía lenta pero implacablemente.

Hace diez años que llegó al Paseo de Extremadura. A pesar de su enfermedad, dio clases hasta hace dos cursos. Ya no podía, su corazón renqueaba; él lo notaba y nos lo repetía a unos y otros. La noticia de su muerte la esperábamos en cualquier momento: en la calle u otro lugar donde estábamos pasando las vacaciones. Los hermanos de la comunidad sabíamos que su partida cada día era más inminente. Sus fuerzas le fueron abandonando; su físico envejeció como de repente; la trombosis le hirió como un rayo; el viejo roble sintió el golpe mortal. Se quedó herido de muerte y sin palabra. Su risa, alegre y estentórea, se rompió en el dolor de la noche; ni su hermano Ricardo, que dormía con él, pudo notarlo. Un proverbio chino me viene a la mente: «Toda gran marcha

empieza con un primer paso.» Pienso que el último no se da; la muerte siempre se nos adelanta.

Página segunda:

«Ninguna cosa grande fue llevada a cabo sin entusiasmo» (EMERSON).

Un hombre no es tanto lo que hace cuanto lo que es. Reconozco que, al intentar esbozar rápidamente la figura de su persona, de su vida religiosa y salesiana, la pluma se hace remolque de las ideas. Parece que las virtudes y méritos de los demás nos molestan. También sé que es necesario vencer prejuicios, sopesar valoraciones en el intento de mostrar las cualidades y virtudes que hacen su recuerdo grato entre nosotros, omitiendo conscientemente los defectos y las actitudes más débiles.

Sólo quiero ofrecer el aprecio y la estima por el hermano muerto, tal como le recordamos. Desearía puedan servir de estímulo para todos en momentos de individualismo y comportamientos religiosos, muchas veces extraños y desconcertantes.

A don José hay que definirlo con pocas palabras, casi en la intimidad, por su sencillez. Era un hombre de carácter alegre, bondadoso y de buen humor. Rebosaba optimismo e inquietud, que procuraba contagiar a los que convivían con él. Se hacía para todos el amigo y el hermano que acogía con alegre cordialidad.

Su figura se presenta llena de simpatía, que expresaba con carcajadas sonoras y traslucían un alma buena, religiosa y salesiana. Hombre entusiasta, era conocidísimo y muy apreciado en nuestra Inspectoría. Su cordialidad, su sencillez tapaban sus prontos temperamentales, que podían hacerle intransigente o cerrado a las ideas de los demás.

Don Marcelino Olaechea, en una carta personal, le escribía: «Que siga inalterable tu alegría. Te tengo un lugar escogido en mi afecto y oración. ¡Qué bien pasan los años! Que sean todos para Dios.»

Don Jesús de Pablos, en una entrevista que le hacía en nuestra revista inspectorial «En Familia», lo dibujaba con estas palabras: «Siempre ha sido don José un hombre pronto para la sonrisa, a veces la carcajada; proclive al buen humor, rápido por el chiste oportuno, hábil manipulador de palabras, arrancando de ellas la veta de ironía tierna, del equívoco delicioso y agudo o del juego sutil de sus acepciones. Solamente los años de directorado, con las secuelas de las responsabilidades de entonces, vencieron este talante suyo de hombre abierto a la alegría rotunda y sin horizontes.»

Su vida religiosa es digna también de ser destacada, especialmente por su fidelidad, aprecio a los que le formaron y los gratos recuerdos de sus superiores. Sobresalía en su aprecio por la palabra del Papa, de los superiores de la Congregación. Los testimonios de los que más convivieron a su lado coinciden en definirle como hombre de gran personalidad salesiana, ejemplar religioso y hombre humano y cercano a todos.

Don José trabajó salesianamente bien, aunque confesaba: «Mi capacidad de trabajo nunca fue muy alta.» Como ya hemos considerado, respondió bien allí donde la obediencia le destinó.

Sin duda, lo que más impresionaba de él en este tiempo que le conocí fue su vida de oración. Las prácticas de piedad las hacía fervorosamente. No siempre podía levantarse con la comunidad por las asfixias de la noche; entonces se le veía solo en la capilla haciendo la meditación o rezando el breviario. La Eucaristía la celebraba con algún otro hermano enfermo. Una celebración digna, devota, llena de fervor. Cuando he leído los propósitos que hizo el día de su ordenación, transcritos aquí, puedo decir que los cumplió hasta el final: «Me esforzaré por hacer bien mi meditación. Además haré todos los días examen de conciencia y rezaré el breviario sin precipitación y con provecho espiritual.

No dejaré nunca la preparación y acción de gracias de la Santa Misa.»

La Eucaristía, el rezo del breviario, el confesionario fueron el eje de su vida sacerdotal y religiosa. Debo añadir en estas rápidas pinceladas su amor a Don Bosco, a María Auxiliadora. Gustaba leer asiduamente las *Memorias Biográficas*, recordar la doctrina de nuestro Padre, aconsejarnos para vivir salesianamente. Se alegraba con el trabajo por los jóvenes y alumnos.

Gozaba de la vida familiar salesiana. En las fiestas le agradaba narrar anécdotas en las pequeñas sobremesas improvisadas o cantar alguna cancioncilla de sabor rancio y con su voz rota. Todos percibíamos su actitud de querer crear alegría. Sufría cuando el ambiente se rompía por las rachas de viento humano cargadas de crítica, poca tolerancia o falta de respeto que soplan en cualquier colectivo humano. ¡Cuántas veces me lo expresaba dolorido o se alegraba cuando veía de nuevo el horizonte azul de las relaciones humanas y fraternas!

En la entrevista antes citada le preguntaron si tenía miedo a la muerte. Respondió: «¡Qué pregunta, gachó! Pues, humanamente hablando, ¡claro que sí! Porque es de suponer que venga con enfermedad y dolor... Pero también me anima enormemente esto: la muerte es el reencuentro con el que más he querido en mi vida y con el que más me ha querido y más me quiere a mí.»

Con estos sentimientos marchó al encuentro del Amigo. Estas palabras entrañables, casi místicas, reflejan su amor a Cristo, a quien entregó su vida para siempre. En una sociedad que airea la infidelidad sin ningún pudor, el testimonio de hombres como don José anima a seguir este camino por donde han ido tantos salesianos que amaron su vocación por encima de todo.

Los religiosos olvidamos pronto y fácilmente a los hermanos que mueren. Confío que el recuerdo de don José, bueno, sencillo, salesiano, perdure en nosotros.

Al finalizar esta carta no puedo ocultar dos grandes deseos que, por su sinceridad y nobleza, debo manifestar: el primero, de agradecimiento a los hermanos que lloraron su muerte; a los salesianos de la Casa de Campello, que tuvieron que atenderle y que mostraron su delicadeza con él y con nosotros; a los hermanos de esta comunidad, que vivieron aquellos momentos y acompañaron su cuerpo a Madrid para sus exequias. El segundo: son ya cuatro las cartas que he tenido que escribir notificando la muerte de un hermano de esta comunidad en el corto espacio de tres años. Pido a Dios que haga un poco de espera; que cite más lento; las lágrimas, como la risa, necesitan intervalos.

Quiero finalizar con una oración que encontré en la homilía que pronunció don José en el funeral de un familiar suyo. La oración es de san Gregorio Nacianceno; estoy seguro que la eligió porque expresaba sus sentimientos más vivos. El mismo la rezaba con frecuencia. Es también la plegaria de esta comunidad por el hermano querido que partió a la casa del Padre Dios: «Que puedas Tú, Señor de la Vida, Dueño y Creador del mundo, acogernos en el instante que te plazca, después de habernos guiado y mantenido en el cuerpo, el tiempo que te parezca útil y saludable. Que puedas acogernos preparados por tu santo amor, sin turbación y sin titubeos, en el último día.»

Os pido un recuerdo en vuestras plegarias por mí y por toda nuestra comunidad, para que, impulsada por el Centenario de la muerte de san Juan Bosco, renueve su espíritu en favor de los jóvenes, y quiera Dios nos enriquezca con vocaciones que porten la antorcha salesiana como estos atletas del espíritu que van delante de nosotros.

JULIAN SANCHEZ MORA
Director

Madrid, fiesta de san Juan de la Cruz de 1988.

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Don José Riesco Pedraz, nacido en Guadalajara el 9 de mayo de 1913 y muerto en Alicante el 20 de agosto de 1988, a los 58 años de Profesión y a los 44 de sacerdocio.